

**Imaginación geográfica y territorial en el río Orinoco.
Travesías del cronotopo fluvial en Andrés Eloy Blanco, Luz
Machado de Arnao y Juan Liscano (siglo XX)**
Geographical and territorial imagination on the Orinoco River.
Crossings of the river chronotope in Andrés Eloy Blanco, Luz
Machado de Arnao and Juan Liscano (twentieth century)

Luis Manuel Cuevas Quintero

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco
luismanuelvenezuela@hotmail.com

Resumen

Los Procesos de territorialización se derivan de diferentes acciones de apropiación que se ejercen sobre un espacio. En tal orden, los discursos literarios han construido y construyen visiones del mundo y percepciones geográficas del territorio. Este trabajo está mediado por el ejercicio de la imaginación geográfica que deviene en imaginación territorial. Si acordamos que ambos ejercicios de imaginación son parte de operaciones geográficas que ligan las relaciones materiales y representacionales del hombre y la tierra, el acto de apropiación toma consistencia dentro de marcos articulados tanto por proyectos globales y nacionales, como por diversos actores cuya gama de miradas, percepciones geográficas y discursos, pueden englobarse en las altergeografías, geografías otras que no son las académicas y, construyen desde otros discursos como el poético, una visión y un sentido del territorio. A partir de estas preocupaciones, se propone mostrar e interpretar a través del discurso poético el trabajo de la imaginación geográfica y territorial en la región de la Orinoquia/Guayana y más específicamente se detiene en el valor del río Orinoco como cronotopo geográfico estructurador del sentido territorial. Se aborda en consecuencia, un tipo de interacción entre la imaginación geográfica y el territorio, contenida en los ejercicios narrativos de tres grandes poetas venezolanos del siglo XX, Andrés Eloy Blanco, Luz Machado de Arnao y Juan Liscano cuyos textos se corresponden con la segunda fase de narrativización del Orinoco entre 1920 y 1960.

Palabras clave: imaginación; geografía; territorio; Río Orinoco; poesía; cronotopo.

Abstract

The territoriality processes are derived from different appropriation actions that are exercised on a space. In such an order, the work of appropriating a territory through literary discourses has built and builds worldviews and geographical perceptions. This work is mediated by the exercise of the geographical imagination that becomes territorial imagination. If we agree that both exercises of imagination are part of geographical operations that link the material and representational relationships of man and earth, we can make thinkable the act of appropriation within frameworks not only articulated to projects global and national, but also to various actors whose range of looks, geographical perceptions and discourses can be encompassed in alter-geography, other geographies other than academic ones and build from other discourses such as poetic a vision and a sense of territory. Based on these concerns, this work aims to show and interpret through poetic discourse the work of the geographical and territorial imagination in the orinoquia/Guayana region and more specifically stops at the value of the Orinoco River as geographic chronotope. It is therefore addressed, a type of interaction between the geographical imagination and the territory contained in the narrative exercises of three great Venezuelan poets of the twentieth century, Andrés Eloy Blanco, Luz Machado de Arnao and Juan Liscano whose spatial texts are correspond to the second phase of narrativization of the Orinoco river between 1920 and 1960

Key Words: Imagination; Geography; Territory; Orinoco River; Poetry; Chronotope.

*Recepción: 25.6.2019
Aceptación definitiva: 28.10.2019*

Introducción: Imaginar, ocupar, territorializar

Diferentes estrategias de ocupación y apropiación constituyen formas de territorialización a través de las cuales el hombre produce vínculos de pertenencia y procedencia, también de permanencia. Los espacios y los lugares pueden ser imaginados, pensados, inventados, muestran relaciones de poder y afectan y son afectados por las sensibilidades e intereses de quienes los recorren, habitan o imaginan. La sociedad construye y/o produce formas de orientarse en el espacio y de habitarlo, de territorializarlo en términos de pertenencia. Pero este proceso no transcurre sin conflictos. Como aprecia Edwar Said (1986: 134), debajo del espacio social están los territorios y el asentamiento geográfico es expresión de luchas culturales mediadas por diversas escrituras.

La imaginación geográfica y territorial, la literatura y la historia territorial de América Latina están atravesadas por múltiples conflictos, también, por tensiones que oponen formas de ocupación y formas prospectivas de imaginar el territorio que se ocupa o que se pretende ocupar dentro de un horizonte que permite la movilización y, la apropiación simbólica o material del territorio.

Los procesos que atraviesan la geografía política de América post independencia, implicaron esfuerzos de territorialización en los marcos del nacionalismo y del ordenamiento del Estado Nación de sus regiones y zonas de fronteras, antecedido en la mayoría de los casos, por el ejercicio de la imaginación geográfica y la imaginación territorial, entendidas estas, como una disposición del pensamiento y de las facultades de la imaginación en función de un espacio que posee la doble condición de ser material y representacional, espacio que es producido y produce a su vez la imagen geográfica cuya expresión es el paisaje, el territorio y la conciencia corporal de habitar y con ello, la sensibilidad que vincula al hombre y la tierra en la dimensión identitaria y, en planos más íntimos, en la dimensión axiológica y ontológica en la que los lugares y los fenómenos geográficos se cargan de sentido y relaciones de poder (Gregory, 1994; Turco, 2016; Cuevas, 2018; López Levi, 2018). Bajo el signo de conquista, misión, civilización, progreso, modernidad o el desarrollo las expansiones sucesivas no pudieron suprimir del todo a las otras áreas étnicas y naturales del continente que significaron dentro de la percepción hegemónica, lo remoto, el confín del territorio, la otredad o la alteridad, el otro espacio más allá en la frontera que debía someterse al proceso civilizatorio del logos occidental y de la nación vinculada a este logos.

Junto a los viajes y las exploraciones que encantaron a las audiencias urbanas, el trabajo de apropiación a través de discursos literarios construyó visiones del mundo y de los lugares gobernadas por el exotismo o por la visión romántica de los espacios vírgenes. En el caso hispanoamericano, *La Vorágine* de José Eustasio Rivera de 1924, *Canaima* de Rómulo Gallegos de 1935 y *Los Pasos perdidos* de Alejo Carpentier de 1953, novelas de las selvas de las cuencas del Amazonas y el Orinoco, muestran la tensión al interior de la imaginación territorial entre los

procesos de explotación de recursos, el valor de la naturaleza intocada, los conflictos interétnicos y la búsqueda de identidad de los personajes principales, conflictos derivados por la expansión del Estado nación criollo sobre los confines que representaban para el discurso hegemónico, la naturaleza indomable y paradójicamente el punto de huida de la civilización (Cuevas, 2018). Para el caso luso americano en el contexto cronológico entre 1910 y 1940, los trabajos de Murari (2017) sobre la relación literaria con la Amazonía revela cómo se construyeron visiones del espacio que aún, sin ser ocupado físicamente, eran incorporados a la sociedad a través de la imaginación ambigua de fantasías y horrores que imprimían sentidos de posibilidad y proyección sobre la geografía distante.

El vínculo entre imaginación geográfica e imaginación territorial abre un campo que hace pensable el acto de apropiación ligado no solo a los proyectos globales de dominación o a los proyectos nacionales, sino también, a una multiplicidad de actores que constituyen una vasta gama de miradas, percepciones geográficas y discursos que podemos englobar en las altergeografías, estas geografías otras no son las académicas, son las que se construyen desde otros discurso y formas de escritura como lo son por ejemplo las que se derivan de textos literarios o las que se expresan en la oralidad de los habitantes del territorio (Cuevas, 2018; cfr. con Hiernaux, 2011). Esto nos conduce a un juego de relaciones de fuerza cuyo campo se disputan los discursos hegemónicos y subalternos en términos de resistencia o subalternización con imposición de imaginarios territoriales de la nación que sumergen a otras territorialidades.

Tratar de mostrar y examinar en un plano más reducido y desde el discurso poético una parte de la totalidad de quiénes territorializan y, bajo qué formas la región de la Orinoquia/Guayana, de valorar el ejercicio de imaginación geográfica que territorializa, es decir, que construye marcas y organiza el discurso en el cronotopo del río Orinoco, es objeto central de este trabajo. Este espacio geográfico está organizado por el río colector de la cuenca, el río Orinoco y el macizo guayanés. El río Orinoco de vertiente Atlántica se ubica en una vasta región geográfica de la parte norte de la América del sur conocida como la Orinoquia o Guayana, esta región específicamente se localiza en lo que hoy sería la zona sur y sur oriental de Venezuela y, la zona oriental de Colombia (llanos del Casanare y del Meta). El río Orinoco posee una longitud de 2.410 km repartidos en cuatro tramos según se despliega su curso, esto desde su origen en el Macizo Guayanés, específicamente en la Sierra Parima, pasando por las llanuras del Casanare y del Orinoco hasta llegar al Delta. Estos cuatro tramos son denominados: Alto Orinoco, Orinoco medio, el bajo Orinoco y el Delta con vertiente al Atlántico. (Cuevas, 2018).

Se aborda en consecuencia, un tipo de interacción entre la imaginación geográfica y el territorio que se contiene en los ejercicios narrativos de tres grandes poetas venezolanos del siglo XX, Andrés Eloy Blanco, Luz Machado Arnao y Juan Lizcano cuyos textos espaciales se corresponden con la segunda fase de narrativización del Orinoco, La primera fase de narrativización literaria fue en su mayor parte europea y tuvo en Jules Verne, Emilio Salgari y otros más, sus exponentes en el último tercio del siglo XIX (Cuevas, 2018). El cronotopo

geográfico construido organizó las formas de decir, y el referente fluvial del río Orinoco sobre el que trabajó la facultad de la imaginación, se convirtió en un dispositivo de identidad y saber regional y transregional.

¿Qué puede decir la literatura a los especialistas que estudian el territorio?

Cronotopía e imaginación geográfica/territorial

La pregunta en apariencia es simple, sin embargo, esconde una serie de problemas en la reducción de la complejidad que emerge de su formulación relativa al interpelar los textos literarios dentro de preguntas que refieren a la dimensión del espacio y de conceptos conexos como territorio, paisaje, nación, lugares (Smith, 2017; Brosseau, 2009). Esta dimensión es la condición de construcción o producción de sentidos que llamamos imaginación geográfica.

La imaginación geográfica, es un producto cultural hecho a partir de relaciones espaciales cuya función es dar coherencia a un mundo en apariencia fragmentado. Pero también, y allí radica la paradoja como concepto complejo, de recortarlo o de ampliarlo en función de los filtros y pulsiones que la propia cultura habilita. El esfuerzo por conectar las cosas depende del sistema cultural que lo organiza en una serie de perspectivas que las imágenes autorizan. (Cuevas, 2018: 39)

En tal sentido el ejercicio de imaginación geográfica contenido en la literatura puede ser leído desde una perspectiva que implica la noción de texto en dos planos: a) como reflejo de un conjunto de problemas espaciales, socioespaciales y escenario de un conflicto; b) en sentido inverso, como productor o constructor de espacios, el texto literario produce una lectura del espacio que organiza las prácticas o las interacciones con los otros actores que están en él, funda en otras palabras, un cronotopo geográfico con respecto a la imagen de un territorio o de los lugares que componen un espacio.

Sobre esta segunda concepción (b) se instituye una nueva carga semántica sobre el espacio territorializándolo a través del ejercicio de la imaginación geográfica, inviste al territorio de una poderosa fuente de iconicidad que amplifica los tradicionales instrumentos de la fundación de la comunidad imaginada, junto al mapa, el censo y el museo (Anderson, 1993: 228-259) se colocan como correlato los textos literarios y su construcción o producción de espacios en tanto que cronotopías geográficas que fundan la imagen de los diversos lugares que componen al territorio y otorgan sentido a las formas de apropiación.

En consecuencia, la imaginación geográfica de amplio horizonte se domicilia, "territorializa". Al respecto Angelo Turco (2016) señala que esta imaginación adjetivada como imaginación territorial, posee una condición ontológica situada (ser humano en la tierra) que toma consistencia en las relaciones entre las formas espaciales y los procesos territoriales que las producen como también en el sentido de habitar. En tal sentido la territorialidad se hace visible en la espacialización que es construcción territorial con significado contenido en una gran parte de los objetos geográficos sobre los que el hombre actúa y que modifican en consecuencia, las condiciones de habitar.

Turco logra situar el problema en tres niveles de captación de la territorialización: constitutivo, configurativo y ontológico. El primer nivel es inmediato y refiere a la materialidad y a lo simbólico, el segundo nivel a lo axiológico. El tercer nivel refiere al ser humano en la tierra, vinculado a fuerzas históricas y de la naturaleza. Estos niveles están atravesados por la imaginación territorial, y a los fines de comprensión de la literatura el segundo nivel, el axiológico y experiencial, permite localizar los ejercicios de imaginación geográfica y su función de transformación territorial en los planos de representación.

La territorialidad asume conformaciones axiológicas a través de caminos evocadores, testimoniales o experimentales [que] conectan la interioridad humana, individual y colectiva, con su exterior. Por lo tanto, establecen o hacen practicables o mantienen fluidos los caminos y vínculos entre estados de ánimo, estructuras motivacionales y declinaciones (derivadas) de la conciencia de la realidad terrenal, con acciones que se desarrollan y tienen lugar concretamente en el espacio relacionadas de forma directa con la acción Territorial. (Turco, 2016: 5-6 –traducción propia)

Estas instancias de la imaginación geográfica y territorial hacen comprensibles la polifonía contenida en el cronotopo que se construye en la relación literatura-espacio y territorio (Bajtin, 1981) funciona, por un lado, como una narrativa cuyo texto intercepta tiempo y espacio para organizar el sentido o los planos diversos de sentido. Por otro lado, y más concretamente, remite a las politopías (Matthey, 2008) que la propia narración construye en relación a una naturaleza externa concreta cuyo paisaje físico se modela y se construye en la subjetividad y, se registra de varias maneras en los textos que transportan contenidos geográficos. Vale decir, que los territorios están atravesados por distintas voces que tejen formas diferentes de representación en la tensión entre homogenización y heterogeneidad.

Laurent Matthey (2008) al estudiar las relaciones que un texto literario establece con las estructuras espaciales y con la geografía, aprecia que la forma y la estructura de los textos se convierten en dispositivos mediadores de las imágenes que gobiernan nuestro sentido del espacio. Y, de igual forma, remiten al proceso moderno de mostrar la lógica subjetiva que, contenida en el texto, habla de la relación del sujeto con el mundo y con la exterioridad construidas narrativamente. De esta forma, el autor (sujeto experiencial) y el texto importan como parte del proceso de construcción de significados del lugar sosteniéndolo en el tiempo, “Sus metáforas entran en las redes intertextuales e intersubjetivas. Circulan y se agregan a otras metáforas del territorio que constituye imágenes “mediales”, imágenes de un medio” (Matthey, 2008: 414). James Lawson (2011) por su parte, ha vuelto a llamar la atención sobre las posibilidades teóricas y metodológicas de la aplicación del cronotopo en la geografía, para él, la categoría tiende un puente entre el mundo real, la materia y los acontecimientos y la narración con la cual estos problemas toman sentido, así como los efectos que la propia narración ejerce sobre el mundo real movilizándolo no solo la verdad en cuanto a criterios de verificación concreta, sino también, a la verdad cultural que atraviesa el espacio a través de las representaciones que construyen vínculos de identidad territorial. Pauli Karjalainen (2012) desde una perspectiva humanista, trabaja el cronotopo como una categoría que muestra al lugar en relación con actitudes existenciales y estéticas en las cuales la geografía literaria no juega un

papel solamente de registro, sino también, de ayudar a comprender la relación “entre la vida y la Tierra reales”, y entre “la vida humana y el “topos y el chronos” que se mueven entre lo concreto y la metáfora.

La territorialización tiene en la imaginación geográfica y territorial dos pilares de su fundamento. La pertenencia, la apropiación, la memoria del lugar o la configuración de los fenómenos geográficos y naturales no solo es material, sino que envuelve un campo diverso de representaciones y emociones que se expresan en los discursos literarios que configuran la compleja relación de la escritura con su entorno. De esta complejidad surge el cronotopo que junto a la función estética, construye una forma de territorialización que pregunta por la relación encarnada y fenoménica del hombre y la tierra. En tal orden, los ríos, las montañas, los desiertos, las selvas, los lugares y sus paisajes se cargan de sentidos territorializantes, fundan el archivo de imágenes que funcionan como cronotopos que cautivan la imaginación o son condición de posibilidad para construir relaciones afectivas e identitarias socialmente diseminadas.

Travesías y poéticas de la imagen fluvial. Andrés Eloy Blanco, Luz Machado Arnao y Juan Liscano

La “Travesía” connota un problema complejo, se concibe, en dos sentidos, según sus direcciones: La imagen modifica los textos, pero los textos también transforman la imagen (Marín, 2009: 146). Por ello, la imagen no es una apariencia de las cosas, algo artificial, por el contrario, es, según Marín, una fuerza que atraviesa y cambia la relación con las cosas, posee una virtud cualitativa. Pero la travesía indica también, según el *Diccionario de la Real Academia*, un desplazamiento, un viaje, una distancia entre dos lugares. En tales premisas, poniendo un puente con nuestro planteamiento que coloca en el borde la relación entre literatura y geografía, la imagen del texto poético dinamiza la relación del lector con el espacio, coloca una distancia que impulsa a dibujar un trayecto entre el lugar del lector y el lugar geográfico, posee eficacia y, por tanto, poder de atracción por los espacios que están más *allá*, y los transforma en el *acá* al apropiárselos, al inscribir los paisajes en la geosensibilidad de la nación territorializando. La descripción poética, la fuerza creativa de la imaginación inviste a la geografía de unas cargas semánticas que conviene revisar.

Este punto, que completa el segundo movimiento de la literatura sobre el Orinoco en la primera mitad del siglo XX, adelanta una interpretación a partir de las obras poéticas de Andrés Eloy Blanco, Luz Machado de Arnao y Juan Liscano, escritas a partir del cronotopo del río Orinoco, eje referencial sobre el cual se teje una mirada que imprime a la imagen geográfica una función estética y territorial (sobre aspectos biográficos de estos autores consúltese Bravo, 2013). Aquí la cualidad del lugar permite girar el foco de atención de la audiencia sobre la geografía profunda, la conecta afectivamente, le brinda un anclaje en tanto que comunidad imaginada sobre un territorio cuya audiencia no conoce directamente ni conocerá tal vez, salvo por la mediación de

un texto inscrito sobre el marco geográfico para brindar un modo de apropiación (esta importancia en la fundación de la comunidad imaginada la explica muy bien Anderson, 1993; y en el plano cartográfico Schulten, 2001).

La imagen poética del lugar cumple una función estética y pedagógica relativa al territorio. Este proceso siempre se juega en la tensión del acto de descubrir o inventar con el acto de fijar, de archivar el paisaje, de congelar un momento de su aprehensión y comunicación específicas. La imagen no es fugaz, instituye un modo de reconocer y de valorar el paisaje, proceso de contacto que afecta y es afectado en el entrecruce fenoménico entre el observador y su entorno. Al movilizar la imagen, la narración da una sensación de travesía, produce una presencia que permite reconocer la producción de la imaginación geográfica que organiza el tiempo y el espacio.

En tal sentido, en un enfoque de gran angular del proceso de producción de imágenes geográficas, la poesía convoca un sentimiento de la naturaleza, comprensible en el contacto emotivo del hombre con los paisajes. Se da, pues, en el trabajo geopoético del Orinoco, un entrecruce del sujeto con el paisaje, mediado por la relación de la imaginación con el referente material.

La representación resultante produce unas significaciones y maneras de valorar al espacio. El valor estético que porta el *corpus* poético del Orinoco en el campo geográfico muestra otro modo de producción del espacio. Investido del poder de la imagen que cambia la relación con los fenómenos fluviales y los ambientes selváticos, estos pasan de ser ominosos y hostiles, a ser fascinantes y atractivos, la topofobia se vuelve topofilia, mecanismos que muestran formas duales de percibir el entorno (Tuan, 1990). A partir de esos aspectos es posible interrogar la *praxis* poética y construir el puente que las alter-geografías brindarían a una operación geográfica que pregunta por los campos de sentido que emergen del contacto entre el sujeto, el espacio, los lugares y los fenómenos físicos.

El Orinoco más allá y más acá. Andrés Eloy Blanco

El primer movimiento poético sobre el Orinoco durante el siglo XX viene de Andrés Eloy Blanco: escritor y político. De Poda editada en 1936, una de sus obras cumbre que compila gran parte de su poesía suelta hasta esa fecha, elegimos varios poemas escritos entre 1923 y 1936, cuyo centro es el Orinoco: “Orinoco”, “Casiquiare” (ambos de 1923), “El río de las siete estrellas (Canto al Orinoco)” (1927), “Los tributarios” (1928), “La Parima y Las Fuentes”; “La gota de agua” “Angostura”, “La órbita del Agua”, e “Invocación al Dios de las Aguas” (datos en 1934).

En esos textos el paisaje narrado funciona como un dispositivo que comunica visualmente una relación peculiar con la naturaleza. La recreación del entorno fluvial, de una exterioridad que impacta los sentidos, implica traducir un texto espacial que explica las maneras mediante los

cuales una sociedad construyó ciertos valores territoriales. Ese constructo operativo de la imaginación geográfica se observa en el poema “Casiquiare”, que remite a la famosa bifurcación que había cautivado a la fascinación científica de los siglos XVIII y XIX. La voz poética lo personifica, le da carta de ciudadanía, lo integra como un sujeto a la comunidad imaginada:

Ciudadano venezolano,
 Casiquiare es la mano abierta del Orinoco
 y el Orinoco es el alma de Venezuela,
 que le da al que no pide el agua que le sobra
 y al que venga a pedirle, el agua que le queda.
 Casiquiare es el símbolo
 de ese hombre de mi pueblo
 que lo fue dando todo, y al quedarse sin nada
 desembocó en la Muerte, grande como el Océano.
 (Blanco, 1996: 30)

En esa equivalencia entre el fenómeno geográfico y la identidad existe una preocupación por el olvido y por la ausencia del binomio pueblo/geografía en la conciencia nacional, sujetos marginados que lo dieron todo y se quedaron sin nada, entendido esto en la metáfora del río y los desprendimientos del agua, de un espacio pleno de recursos y una acción humana relativas al expolio y a la desigualdad de la distribución de la riqueza en el aprovechamiento del trabajo sobre la tierra. Todo en un momento en el que el país se debate en la tensión entre la dictadura de Juan Vicente Gómez y la emergencia de la democracia.

Por otro lado, en relación complementaria a la identidad, el poema el “Río de las Siete estrellas” realiza un juego diferente a la denuncia sobre la distribución de las riquezas. El poema es propositivo en los marcos de la imaginación, y elabora al modo programático indicado por Andrés Bello cien años antes en *Alocución a la poesía* y las silvas (Cuevas, 2017), un giro en la mirada geográfica que se desplaza hacia la cuenca física del Orinoco y luego la representa a través del ejercicio poético cuyo cronotopo se vuelve trascendente y apela a la historia, recayendo en la Independencia de mirada como un “nuevo” horizonte libertario de un territorio mayor la América y la nación buscando su origen al interior de la geografía.

Desde una visión de paralaje, el poema se despliega como una vista aérea sobre el espacio, una mujer indígena que simboliza la patria lleva de la mano al poeta. Se recorre ese todo de aguas que es en la visión del poeta el Orinoco, el río principal:

Fue en el momento en que evocamos
 al Orinoco de las Fuentes, al Orinoco de las Selvas,
 al Orinoco de los saltos,
 al de la erizada cabellera
 que en la Fuente se alisa sus cabellos
 y en Maipures se despeina;
 y luego hablamos del Orinoco ancho,
 el de Caicara que abanica la tierra,
 y el del Torno y el Infierno
 que al agua dulce junta un mal humor de piedras,
 y ella quedó colgada de mis labios,
 como Palabra de carne que hiciera vivo el Poema,
 porque le dije, amigos, mi Parábola,
 la Parábola del Orinoco,
 la Parábola del Volcán y las Siete Estrellas.
 (Blanco, 1996: 35)

En el poema “Los tributarios” (Blanco, 1996: 32-34), la imagen se convierte en un entrelazado de ríos, que irrumpen sobre la geografía “como siete caballos al galope”, que tejen un espacio cuyo colector es el Orinoco, considerado por la voz poética como “el alma nacional”. En el poema se resaltan siete afluentes principales agrupados, pero con fuerzas dispares en sus caudales al llegar al Orinoco: el Caura, el Guaviare, el Vichada y el Meta, que son “los guardianes de sus fuentes”, “guardajoyas del misterio [de las fuentes]”; el río Caroní que, procedente del sur desde las sierras de la Guayana, se muestra como un “potro desbocado”, cual “bucéfalo del continente”. El sexto río, por su parte, es el Arauca, presentado como agua cristalina cual “Caballo de Troya”. Por último, el séptimo, el Apure:

Y el séptimo fue el río que bajó de los Andes
 y cruzó el llano, espoleado por la Leyenda,
 en el lomo le floreció un Centauro
 injerto de tritón, que tomó Las Flecheras,
 caballo del Prodigio, cimarrón de la Hazaña,
 Apure es el Pegaso de los ríos de América.
 (Blanco, 1996: 33)

Esos ríos confluyen en el Orinoco que termina siendo, “todo lo que llega al mar”. En esos poemas, la imagen geográfica es cinética como los ríos que tejen una inmensa hoya hidrográfica. Al final, las siete estrellas (los ríos tributarios), que simbolizan las siete Provincias de la República fundada, metaforizan la relación del hombre con la geografía, para ofrecer un nuevo signo a la identidad, y a la conciencia geográfica que emergía en Venezuela en la segunda y tercera década del siglo XX.

Finalmente, sin agotar las dilucidaciones de la postura existencial en el espacio, de la función estética del lenguaje en la dotación de sentidos a la geografía, cuatro poemas de Blanco trasladan la relación a la pregunta del hombre y la tierra. Dos de ellos, “La órbita de las aguas” e “Invocación al Dios de las aguas”, se inscriben en esa inversión del valor de las tierras húmedas, que serán sinónimo no de obstáculo sino de promisión. La propuesta poética deviene en una geosofía (Wright, 1947), es decir en un saber entre otros saberes geográficos que apuesta al sentido y concepción subjetiva de la geografía imaginada y habitada que se articula a partir

del ciclo hidrológico, convocando el despliegue del río desde su origen accidentado hasta su llegada intempestiva al Delta; y de allí al mar para luego volver bajo el ciclo de las lluvias, tal y como casi un siglo atrás hizo Élisée Reclus -con las diferencias discursivas de una narración romántica, filosófica y científica articulada en el anarquismo- en *El arroyo* publicado en 1869 (Cuevas, 2016).

Pero la escritura poética se vuelve más íntima y se abre en escalas cuando el fenómeno fluvial del Orinoco se incorpora al texto espacial y al tejido de lo imaginario. Junto a la distancia geográfica, se despliega el correlato del exotismo o de la extrañeza. En efecto, el espacio interior, aunque registrado en el mapa, aún no ha sido traducido en sus cualidades, a una imagen o metáfora que lo incorpore al territorio. La geografía y la literatura cumplirán esa función discursiva. Así el poema "*Orinoco*" recoge esa explosividad heterogénea del espacio, transforma al río en polifonía abierta al mundo, a la nación y al sujeto que va a su encuentro para sufrir una transformación que es, a todas luces, una adquisición de la conciencia del territorio y de la naturaleza:

La prueba, oh, mi fuerte Orinoco, te filtró toda el agua. Tú mismo, desordenado ,pródigo, invasor, subversivo, venezolano [...] Te profundizaste, escupiste el freno de las barras, te recogiste en tu designio definitivo.[...] .Tú mismo te empinaste hacia abajo, esotérico, con un hondo respeto de la tierra y diste a tus mil brazos aptitud atlética para recibir la crianza del trasatlántico ,para prenderte a las orillas grandes ciudades que te caen como tributarios de vida, para ser el zaguán del mar traficado por los gritos de la tierra que se echa a las calles del mundo/ Denso, populoso ,te caen y se te ahogan duras palabras engranadas en todos los idiomas del planeta./ Pero, todavía, fuerte Orinoco, todavía eres el Río Indio, inconfundible [...] Orinoco, gran Río Útil, primer ciudadano de Venezuela, tu prueba nos pasó por tu mismo filtro./ Yo mismo me vi colar entre mi conciencia y me sentí dragado hasta la raíz de mi carne verdadera./ Aquí estoy, mi río sereno, como lago que anda, mi viejo río de las siete estrellas, aquí estoy./ Mi poema [...] frondoso como tus selvas, desbordado como tú fue talado en la prueba, filtrado, dragado, y regresa a ti en la pureza de una palabra que cabe en una mano con holgura de sorbo y que te cae con el sentido caudaloso de una gota tributaria, voz de la lengua que trabaja, canta, el salado sudor de los trabajadores, ya desde los raudales, ¡te hace marina el agua! (Blanco, 2001: 16-18)

Para esos creadores verbales interpelados de nuevo por la geografía, el giro de la mirada supondrá un entrelazamiento íntimo que remite a una búsqueda interior de despertar de la conciencia que se comprende en la dimensión de un espacio que se volvía parte interactiva de una especial emoción de orden territorial y de búsqueda de una identidad situada en un confín que es condición de posibilidad.

El trabajo inverso, del individuo que va hacia afuera, tendrá, en el curso del río y de la *terra incognitae* de las fuentes, un nuevo motivo para espacializar la mirada, y para la condición que el espacio propone a la imaginación que organiza el sentido, que abre otra vez el foco de atención sobre las desconocidas cabeceras del Orinoco. Esta situación se observa en "La Parima y las fuentes". En el binomio: geología (la sierra Parima, e hidrografía las fuentes del Orinoco), el poema abre un espacio para la geosensibilidad con imágenes geográficas que hablan de un olvido que interpela el archivo cultural del territorio, pero también, de la escritura que se moverá hacia lo ignoto, y da cuenta de una vivencia, que es el espacio consubstancial a la

experiencia fluvial del confín, que instituye la pregunta por la existencia en relación con la tierra que se habita, o con la tierra que espera por ser descrita y traducida a un texto.

La Parima es el sueño faraónico y la piedra de Moisés, [...] Catedral del misterio, Sierra del Sur, ignota lengua escondida de la voz del agua, párpado mal cerrado de Dios, que deja ver la hebra azul de una mirada. / Yo soñé para tu Gloria, río de la Patria, escribir una palabra esencial en la hoja de la sabana, mojado en tus fuentes oscuras el aguijón celeste de una pluma de garza. Pero, solo encontré mi sangre con su rojo atenuado por la mezcla de las lágrimas. / Sin embargo, te ofrecí venir ¡y en tu camino estoy! Tu saldrás de tus fuentes: el Dios de la Parima, el Dios Indio, te abrirá la puerta de su gran casa oscura; el Viejo Dios te dejará venir como todos los días y en tu camino estaré yo...Tú sales de las manos de tu montaña, como sale un milagro de la mano de Dios, como todas las noches, de la jaula del cielo se escapa y va a los campos el pájaro del Sol.(Blanco, 1996: 29/30)

Las percepciones líricas de este poeta remiten a unas emociones sobre lo tropical que se encarna en el cuerpo, pero también, a una crítica que redefine la imaginación geográfica, abriendo el espacio para un nuevo reconocimiento del entrecruce entre los observadores y los objetos paisajísticos. De allí, emerge una condición íntima que vuelve sobre los lugares y sobre los fenómenos para cargarlos dialógicamente.

Luego del trabajo poético de Blanco, quién moriría en un accidente en México, donde vivía exiliado luego del golpe de estado de 1948, la literatura progresivamente pasará a otras experimentaciones del espacio orinoquense, emerge entonces, una postura más íntima del lugar y del fenómeno fluvial.

La década de los 50 y la búsqueda del Orinoco profundo. Machado de Arnao y Juan Liscano

Luz Machado de Arnao publica el *Canto al Orinoco* en Chile en 1953, un sintético poemario que habla de la relación fenoménica con el río y su naturaleza circundante y, más tarde, Juan Liscano al final de la década de los cincuenta, da a conocer *Nuevo Mundo Orinoco* escrito en el exilio en 1959, un extenso poema cuyos textos, imprimen un giro radical a la dimensión metafórica del espacio geográfico y sus fenómenos. La lectura y la escritura de Liscano convierten al río en metáfora conflictiva de un espacio que despliega una historia de ilusiones y fracasos, que culminan con una visión negativa de las minas de la Guayana y, sobre todo, del petróleo que altera las relaciones del hombre y la tierra. La de Machado Arnao emprende un encuentro íntimo con el río y sus fuentes.

En el *Canto al Orinoco*, Luz Machado de Arnao escrito en la distancia de su trabajo como diplomática en Chile en 1953, la poetisa desencadena una voz femenina que se detiene en varias propuestas para dar cuenta del ser en el río en sus trece poemas. Por un lado, existe, sin duda alguna, una recurrencia de imágenes paisajísticas que cargan de color, sonido, olor y tacto al aspecto al río; y, por el otro, se articula el río Orinoco con Ciudad Bolívar y con la vivencia de la voz poética.

La experiencia íntima se construye con la percepción del río y las imágenes cotidianas de tiempos diferentes que atraviesan el sentir del espacio que se organiza en la presencia fluvial dominante. El principio de la percepción estética de la poetisa es el río, “la fuente inicial” que se muestra en el horror sublime de la fuerza natural y de la mediación divina. Por horror sublime entendemos una situación sentimental de turbación que se da al entrar en contacto con algo que une lo desconocido a lo familiar, lo visto asociado a un terror y agrado a la vez. Se construye partir de esta disposición una experiencia de la naturaleza que implica a su vez un cambio de conciencia como si se tratase del pasaje emotivo y racional luego de un estado de catarsis. Schopenhauer al respecto señalaba que, ante la presencia de los elementos desencadenados, “nace la contemplación de una fuerza incomparablemente superior al hombre y que amenaza con aniquilarle (Schopenhauer, 1983: 167) (sobre este importante concepto puede consultarse además a Battersby, 2007).

El telurismo acompaña un tiempo y un espacio que es naturaleza, expresada en el carácter dominante de las aguas. La sensibilidad va modelando un límite y una condición de apertura, como si la relación espacial estuviera marcada por las paradojas de la terrible y placentera experiencia del río Orinoco, que es una “forma inviolable”. De allí que Machado de Arnao intente desplazar la relación del *aquí* y del *allá* con la ciudad y el río. La persona vive entre dos tiempos en espacios contiguos, que invitan a la travesía, que modifican la relación de valor con el entorno. De aquí se desprende una búsqueda y un encuentro que polariza el espacio de la ciudad y el espacio natural. Esto se ve claramente en el poema “El reconocimiento”:

Me acerco a ti, vengo de la ciudad atormentada,
Llena de ruidos y voces,
Donde los caminos tienen su nombre
Y toda flor ya ha olvidado su origen.
Me acerco a ti / Buscando la verdad sobre la tierra
Aquí donde es más solitaria y pura,
Reclamando también su breve espejo y el sitio de su amor.
(Machado de Arnao, 1964: 16)

Pero junto a la conflictividad y diferencia entre los dos espacios, la voz opera sobre una construcción del ser en el espacio, de la superación de la limitación de la vida cívica para ir a la fuente del río, del espacio prístino de la naturaleza aún no territorializada. Dado el año de edición, 1953, resulta claro que la noticia del hallazgo de la fuente por parte de la expedición franco-venezolana de 1951 no resuelve en la voz poética el problema del confín, esto al menos, con relación a la carga misteriosa de la *terra incognita*. Aquí, el espacio estratégico aún no ha impuesto su discurso de lo medible al espacio apenas abierto que apela a la constante curiosidad y asombro ante la geografía profunda de la territorialización por hacer.

El río en la voz poética de Machado de Arnao se presenta mediante un tratamiento diferente del “lenguaje haciendo lugar” que traduce la belleza del paisaje como una paradoja de tiempos desplegados sobre un espacio: “antigüedad naciendo”, río en constante fluidez desde el origen, es decir, fenómeno cuyo un tiempo y espacio permanece, pero que también cambia,

resistiéndose a la mirada del que llega hasta la fuente a buscar el secreto en una “elástica pelambre cristalina”, que intenta leer en el “libro verde” una naturaleza que desborda el acto del decir y mantiene por ello el secreto de la *terra incognitae*:

Quiero ya poseerte sabiendo que he encontrado
Al fin certidumbre de su fuente
Mas, no el secreto que erige y salva,
Que de saberlo
No vendría sedienta,
Y si el entendimiento recodara,
Olvidaría,
Sólo por ser la antigüedad naciendo.
(Machado de Arnao, 1964: 19)

Pero el espacio vivido por la poetisa nacida en Ciudad Bolívar a orillas del Orinoco medio estructura esa experiencia ante el río y la impresión que plasma en su mente. Recordemos que este factor vivencial y afectivo es resaltado por Tuan (2008). El cuerpo que vive con intensidad la experiencia del río fija anclajes, teje a través de la iconicidad narrativa una memoria de ese espacio que impregna su identidad en términos territoriales. Machado Arnao, contemplando el Orinoco dirá:

Que es a orillas del Rio
Donde se queda el alma
Aprendiendo la exacta
Palabra [...] cuando a solas quedaba
con tu liquida imagen.
(Machado de Arnao, 1964: 28)

Finalmente, el ejercicio poético abre la identidad al espacio que se habita y al lugar distante, que se intuye está, en lo más profundo de la geografía y se conecta vectorialmente en la palabra estableciendo con el fenómeno fluvial y con la selva, una relación singular de inquietante proximidad que, sin embargo, es difícil de traducir en toda la realidad del “espacio ecuatorial del verde” (Machado de Arnao, 1964: 51), tópico colórico que llama precisamente al goce del paisaje cargado del horror sublime de una tierra siempre renovada en la experiencia del lugar y del paisaje que termina siendo en cada detalle “imagen de la tierra” (Machado de Arnao, 1964:53). La poetisa carga el espacio de una geografía que entrecruza la experiencia del conocimiento con la fascinación de la naturaleza del Orinoco y su misterio irreductible a los números y datos, del resto que se abre por momentos sin perder el poder de atracción en tanto que espacio del deseo, es decir de su proyección afectiva e imaginaria:

Es conocerlo todo de una vez, ser exhausto
Y no morir del todo en el conocimiento.
Ay, violento Orinoco antiguo y en misterio,
Así conmigo siempre, más allá, acompañándome, [...] temblor de maravilla,
Resistiendo conmigo, antiguo, resistiendo,
fecundo en la remota verdad, luz y comienzo,
Sin palabras, sin signos, antiguo, resistiendo,
Acompáñame siempre RIO-DIOS-ORINOCO.
(Machado de Arnao, 1964: 58)

Hasta el momento la función estética produce imágenes que se juegan en una geografía íntima, que aborrece el vacío, y tiene en el referente fluvial, en el valor líquido del espacio, un objeto fundante en el entrecruce fenoménico de valores y “objetos físicos”. Esta escritura delinea un lugar en el cual el autor, los personajes y los lectores, viven el drama del viaje, pero donde también, el espacio se convierte en problema universal enlazando la singularidad de una experiencia única, de un territorio vivido en el cuerpo.

Esta disposición ante el espacio post hallazgo de las fuentes del Orinoco tomará un giro con *Nuevo Mundo Orinoco* de Juan Liscano (1976 [1959]). ¿Cuál es su contenido?, ¿qué describe?, ¿qué significa dentro del campo de la fragua de imágenes geográficas?

Esta obra, que cierra un ciclo del giro espacial de la literatura orinoquense, articula un cronotopo vuelto continuamente sobre las dimensiones temporales y espaciales de la historia de Venezuela y la Guayana, parece presentarse como si fuese una metonimia de situaciones que sufren los demás países americanos “divorciados” de lo geográfico, y también de una visión realista de sus sendas historias, por tanto extraviados en la pregunta por el ser en el espacio que, sin negar el lugar, los trasciende en una historia compartida. En una carta, donde reflexiona sobre su obra escrita en el exilio, en 1973, Liscano expresará:

Por nombrar nuestras cosas para que nuestras cosas sean-,yo usaba el poder de la palabra escrita para matar, mediante la evocación apasionada de mi realidad; mediante la mágica operación literaria de nombrar el clima, la flora y la fauna, los hechos históricos , los recursos naturales (el petróleo) la gente , los mitos los horrores, los espantos de mi país en función tropical americana y geográfica, telúrica , el dolor difícilmente soportable desde el punto de vista psicológico que no económico, pues he gozado siempre de fortuna para mi bien y mi mal, de haber perdido a Venezuela.(cit. García Robles, 1976: 12)

La escritura en consecuencia se espacializa tomando en el trabajo poético, una función de recuperación de la memoria, de compromiso social y de emergencia estilística en un estilo vanguardista que fue impulsado por la pertenencia de Liscano al grupo de Sardio en la década de los 50. Dentro de los principios estéticos susceptibles de una consideración geográfica, esta comunidad literaria señala que, “Es imperioso elevar a perspectivas más universales los alucinantes temas de nuestra tierra. La anécdota, el paisajismo, la visión pintoresca de la realidad no son más que fraudes a los requerimientos de la época. (cit. García Robles, 1976:14).

Esta postura frente “paisajismo” idealista en aras de un contacto más realista con la tierra se ve con mayor fuerza en *Nuevo Mundo Orinoco* de Juan Liscano. Esa obra vuelve sobre la geografía del río de un modo radicalmente diferente, sin ofrecer imágenes equivalentes a sus referentes concretos, trasciende el espacio en una lectura relativamente novedosa, desde el *leit motiv* de lo maravilloso de la penetración de la Guayana y de la historia de ilusiones en torno a sus recursos, con conexiones con esa narración histórica y literaria que en 1943 Núñez realizó en *Orinoco (capítulo de una historia de este río)*. Este intelectual y novelista experimental de los juegos de tiempos y lugares manifestaba también una preocupación por el olvido de la geografía profunda que conecta con la preocupación del poeta, “Ante todo la tierra que

tenemos delante reclama de nosotros una interpretación” (Núñez, 1949: 3). Existía pues una conciencia de ese olvido que desdibujaba al territorio, que borraba u ocultaba el espacio, y la imaginación geográfica contenida en la escritura poética y literaria venían a tratar de colmarla.

Escrito en la distancia que traza el exilio en Francia, el poema se abre apelando a un espacio mayor: América, sobre la cual se despliega el acto de nombrar y renombrar, hasta tomar consistencia en una identidad que coloca a la palabra en juego con la geografía. En medio de la acción nominativa, el poeta apela a los fenómenos geográficos del territorio: “Dije río. Fluyeron las aguas del diluvio [...] Dije selva. Torrencial follaje [...] Dije Llanura [...] etc. (Liscano, 1976: 25).

América resulta de esta triple relación del hombre, la naturaleza y la palabra. La voz poética viaja a lo profundo, al origen para retornar desovillando una historia, que en el caso del Orinoco y la Guayana se torna relación ambivalente, es conflicto, pero también, se afirma con metáforas de alta factura estilística: “la casa de agua”, la explosividad de los verdes de la selva, su abigarramiento, la humedad y la sequía; el texto lírico conecta el ser con la geografía, con una naturaleza que consideran prístina en la que se escenificó y se escenifica, un conflicto territorial entre los Indios, los europeos y las élites nacionales, entre lógicas enfrentadas en torno a acto de aprovechar los recursos, en un territorio de quimeras en busca del Dorado, también más tarde, en el lugar de explotación del caucho y de la minería, hasta llegar al petróleo. Cada una de estas relaciones marca una tragedia, un parto doloroso de la historia y una incertidumbre ante la riqueza factible del territorio.

No obstante, nos interesa recuperar un sentido nuevo en la metáfora del Orinoco que imprime sentido al habitar. En virtud de ello, el poema pone en juego aspectos para comprender y reconocer un espacio, su apropiación y la emergencia de una mirada que resignifica la geografía:

Hube de darme cuenta un día muerto
—día vivísimo en estar muy solo—
Que nadie en esta zona tórrida
Que nunca nadie y más jamás que nunca
Salía a recoger el tiempo verde
Dormía sobre el musgo del domingo
Perdíase jugando entre los árboles
Buscaba al paraíso en una esquina.
(Liscano, 1976: 143)

El poema transporta una crítica a la modernidad y llama la atención sobre el espacio ausente. El sujeto geográfico es en función del espacio que habita, de allí que, en los sucesivos cronotopos contenidos en el extenso poema, la cura del ser que expresa un malestar de la cultura tenga en la percepción del espacio y en la conciencia de sus modos de proceder, un valor fundamental. Con Liscano se completa la recuperación del valor del Orinoco tropical que deja abierta la puerta del “paraíso en la otra esquina”. La identidad tiene lugar. La imagen del Orinoco es

ontología en el espacio que se reconoce como parte del estar. “Me puse a arder entonces, a ser trópico.” (1976: 143).

La lectura fenomenológica renueva el foco de atención sobre el problema de la imagen y, con ella, el problema de la imaginación geográfica y las representaciones. El corpus literario toma entonces un novel valor para interrogar la relación con el mundo a través de las diversas formas de representar el paisaje, de valorarlo, como dice Besse: “...la función del paisaje [...] permite mantener una relación viva entre el hombre y la naturaleza [...] El paisaje desempeña el papel de mediador, permitiendo a la naturaleza subsistir como mundo para el hombre” (2010: 150).

La ontología del ser en el espacio se convierte en el poema de Liscano en una concreta relación de cuerpo y lugar, no en un más allá, es un acá vivido, el exotismo de la imaginación del paisaje se invierte al reconocer que somos en función del habitar el trópico, el territorio toma un valor configurativo que construye valores. Es posible señalar con Liscano y a la vista del corpus literario sobre América, que la visión geográfica negativa del trópico ha sido superada y se transforma en un espacio referencial. Sobre él cobra sentido la identificación del ser en el territorio.

El río Orinoco en esta narrativa es un cronotopo, un dispositivo que apela al origen y al encuentro en renovación continua del hombre y su territorio. La carga subjetiva del texto poético es elocuente y potencialmente radical en la relación de lo visible e invisible, de los sentidos que interpela en un ambiente gobernado por el agua y las sequías que, a fin de cuentas, son las dos matrices del clima tropical:

Trópico que me funda y me deshace,
Que me junta compacto y me dispersa,
Que me da tierra amada y me destierra,
Que me llena de mundos y me exilia.
(Liscano, 1976: 158)

Conclusiones

Los Procesos de territorialización se derivan de diferentes acciones de apropiación que se ejercen sobre un espacio. Estas van desde acciones corporales, políticas, económicas, científicas y de escrituras que envuelven un acto de dominio y control e imaginación territorial acotando o proyectando espacios. En tal orden, el trabajo de apropiación de un territorio a través de discursos literarios ha construido y construye visiones del mundo que se pueden observar con claridad en las percepciones geográficas que transportan. Este trabajo está mediado por el ejercicio de la imaginación geográfica que deviene en imaginación territorial que ligado a los discursos literarios permite abordar en planos más concretos las tensiones entre imaginarios geográficos mostrando aspectos descuidados u omitidos en las investigaciones dedicadas al estudio del territorio en términos políticos, económicos o etológicos.

En tal sentido, la imaginación geográfica y territorial permiten acceder a preguntas que implican considerar formas de escritura espacializadas como la poesía y la literatura que son resultado de un trabajo territorializador de la imaginación que produce imágenes que dan anclaje al territorio que se ocupa o sobre el que se proyecta una ocupación posible como se ha mostrado con respecto al cronotopo del Orinoco y el trabajo que hace la poesía.

Si acordamos que los ejercicios de imaginación son operaciones cognitivas y son parte además de operaciones geográficas no académicas sino altergeográficas que ligan las relaciones materiales y representacionales del hombre y la tierra, podemos hacer pensable el acto de apropiación dentro de marcos no solo ligados a los proyectos globales de dominación o a los proyectos nacionales, sino también, a una multiplicidad de actores que constituyen una vasta gama de miradas, percepciones geográficas y discursos que muy bien podemos englobar en las altergeografías, geografías otras que construyen desde otros discurso y formas de escritura una visión y un sentido del territorio.

Los poetas del Orinoco construyeron formas imaginativas del territorio guayanés y de la cuenca del Orinoco tomando como cronotopo central al río principal, el río Orinoco, produjeron un sentido diferente de la naturaleza al que había gobernado una mirada estratégica de los espacios naturales considerados estos, como los lugares de recursos sin más cargas de valor y por tanto abiertos a la expoliación o explotación.

En una visión general, desde el siglo XIX y hasta mediados del XX la percepción espacial del territorio en la mayoría de América estuvo gobernada por la imagen doble y conflictiva del progreso representado por la ciudad y los espacios socioeconómicos ligados a la segunda articulación capitalista frente a los espacios más allá, los tradicionales, rurales étnicos o naturales que representaban lo periférico y marginal; estos espacios eran en consecuencia, opuestos a la urbe, significaban el caos, pero también, y he allí la paradoja, estos espacios “tropicalizados”, estaban abiertos al orden, al trabajo del logos occidental, una frontera en expansión, zona de promesas y de recursos e inclusive un lugar para la utopía. El imperio y su imaginación geográfica, la nación y su imaginación geográfica, construyeron formas de reconocimiento primario y de territorialización ligados al paradigma euclidiano de lo medible y junto a estas imaginaciones geográfico-territoriales, estaban como correlato de afirmación o negación del discurso de apropiación de territorios, las literaturas.

Los poetas del Orinoco transformaron la relación fenoménica del río a través de un trabajo de escritura que construyó valores estéticos y ontológicos de la geografía profunda. La imaginación geográfico territorial construyó un archivo que permite observar un momento de giro de las miradas alter- geográficas frente a las miradas de los discursos dominantes del Estado y su pretensión de ordenamiento del territorio. El trabajo poético construyó un cronotopo geográfico encarnado estableciendo un vínculo cuyos efectos de presencia del río Orinoco, modelaron las sensibilidades de un territorio dominado por la tensión entre naturaleza y acción humana.

Hoy día, la imaginación geográfica y territorial se pluraliza y muestra no solo el conflicto de la emergencia y fundación de territorios nacionales, sino también, de territorios regionales y locales. En sentido más amplio, esta superposición de territorios gana en complejidad al incorporar al cuerpo, a los agentes del territorio como un territorio dentro de otro territorio. En tal orden de ideas, el texto poético literario es un registro de la experiencia que asiste el ejercicio narrativo sobre el campo de lo geográfico en tanto que inscripción de una marca, de una diferencia que construye un nuevo cronotopo que organiza la forma de imaginar un territorio o un fenómeno geográfico cargado de sentidos como vemos en el caso estudiado, el río Orinoco y los distintos valores que toma en los ejercicios poéticos que territorializan el espacio natural en términos identitarios orientando al sujeto en tiempo y espacio.

Agradecimientos

El desarrollo de esta investigación y su resultado se hizo dentro del proyecto CONACYT-México: Territorios y altergeografías. Tercer espacio, poder y percepciones de la vida en común. A mi padre José D. Cuevas Zambrano *in memoriam* (1 de agosto de 2019).

Referencias

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Bajtín, M. (1981). Forms of Time and of the Chronotope in the Novel. Notes towards a Historical Poetics. En M. Bajtín, *The Dialogical Imagination* (pp. 84-85). Austin: University of Texas Press.
- Battersby, C. (2007). *The Sublime, Terror and Human Difference*. Londres, Nueva York: Routledge.
- Besse, J. M. (2010). *La sombra de las cosas. Sobre paisaje y geografía*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva; Colección: Paisaje y Teoría.
- Blanco, A. E. (1996). *Poesía*. Compilación y prólogo: Domingo Miliani. Cronología y bibliografía de Rafael Ángel Rivas Dugarte. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Blanco, A. E. (2001). Orinoco. En A. E. Blanco, *Selección de Poesía. El Autor de la Semana*. (pp. 16-18). Selección y edición de textos Oscar E. Aguilera F. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Bravo, V. (coord.), (20013), *Diccionario general de la literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila editores.
- Brosseau, M. (2009). Literature. En R. Kitchin y N. Thrift (eds.), *International Encyclopedia of Human Geography*, Vol. 6 (pp. 212–218). Oxford: Elsevier.
- Cuevas Quintero, L.M. (2016). La organización anarquista del espacio Élisée Reclus y la geografía del mundo en el siglo XIX". *Terra Brasilis* (Nova Série), (7), 21.

- Cuevas Quintero, L. M. (2017). El giro de la mirada. La imaginación geográfica de Andrés Bello o del arte de volver los ojos hacia el paisaje americano. *Revista Derecho y Reforma Agraria. Ambiente y Sociedad*, (43), 61-77.
- Cuevas Quintero, L. M. (2018). *El soberbio Orinoco, viajes, ciencia e imaginación geográfica 1799-1951* [tesis de doctorado]. Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.
- Gregory, D. (1994). *Geographical Imaginations*. Oxford: Blackwell.
- Hiernaux-Nicolás, D. (2011). Elisée Reclus: los albores de una "altergeografía. En G. Capron, C. Icazuriaga, S. Levi, (dirs.), *La geografía contemporánea y Elisée Reclus* (pp. 23-41). Ciudad de México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- García Robles, H. (1976). Noticia sobre Nuevo Mundo Orinoco. En J. Liscano, *Nuevo Mundo Orinoco* (pp. 7-20). Buenos Aires: Alfa Argentina.
- Karjalainen, P. T. (2012). Place in Urwind: A Humanistic Geographical View. *Geograficidade*, 2(2), 4-21.
- Lawson, J. (2011). Chronotope, Story, and Historical Geography: Mikhail Bakhtin and the Space-Time of Narratives. *Antipode. A Radical Journal of Geography*, 43(2), 384-412.
- Liscano, J. (1976). *Nuevo Mundo Orinoco*. Buenos Aires: Edit. Alfa Argentina.
- López Levi, L. (2018). Imaginación geográfica y apropiación territorial: exploración, divulgación científica y narración literaria en el siglo XIX. *Imagonautas*, (12), 1-18.
- Machado de Arnao, L. (1964). *Canto Al Orinoco*. Caracas: Publicaciones del Ministerio de Educación.
- Marin, L. (2009). Poder, representación, imagen. *Prismas, Revista de historia intelectual*, (13), 135-153.
- Mathey, L. (2008). Quand la forme témoigne: réflexions autour du statut du texte littéraire en géographie. *Cahiers de géographie du Québec*, 52(147), 401-417. <https://doi.org/10.7202/029868ar>
- Murari, L. (2017). Una selva de aventuras y misterios: expediciones amazónicas en la literatura brasileña de los años 1920 y 1930. *Historia y sociedad*, (33), 111-133.
- Núñez, E. B. (1949). *Una Ojeda al mapa de Venezuela, (lectura ante un auditorio ausente)*. Caracas: Editorial Ávila Gráfica.
- Said, E. (1986). *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama.
- Schopenhauer, A. (1983). *El mundo como voluntad y representación*. Ciudad de México: Porrúa
- Schulten, S. (2001). *The Geographical Imagination in America, 1880-1950*, University of Chicago: Chicago Press.
- Smith M., A. (2017). *Lines of Geography in Latin American Narrative. National Territory, National Literature*. Cham: Palgrave MacMillan.
- Tuan, Y. F. (1990). *Topophilia a Study of Enviromental, Perception, Attitudes and Values*. New York: Columbia University Press.
- Tuan, Y. F. (2008). *Space and Place: The Perspective of Experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- Turco, A. (2016). Por una crítica de la razón geográfica. la imaginación territorial entre filosofía, ciencia y reflexividad. Discurso del premio geocrítica 2016. *XIV Coloquio Internacional de Geocrítica; Las utopías y la construcción de la sociedad del futuro, Barcelona*.
- Wright, J.K. (1947). Terrae Incognitae: The Place of Imagination in Geography. *Annals of the Association of American Geographers* (37), 1–15.